

“YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA”

Posiblemente, cuando Jesús de Nazaret pronunció estas palabras no lo hizo con el carácter dogmático que se le ha querido atribuir después.

Jesús habló así a sus discípulos como de su propia experiencia. Esotéricamente, se nos habla del Sendero a recorrer espiritualmente y que todos tendremos que hollar algún día cuando el hecho de la evolución humana se haya convertido en una realidad y el “YO” de Jesús, cuando pronunció esta frase, con toda seguridad que se refería a eso y no a que hubiera que seguirse a Él, sino al propio Camino que alborea en el alma del Hombre espiritual.

El “YO soy la Verdad”, también es cierto. Nadie puede darnos esa Verdad. Nosotros solos debemos encontrarla en lo recóndito de nuestro corazón. Y la Verdad de uno puede que no sea la Verdad de otro, sino distintas facetas de esa Verdad Única que a todos nos alcanza. Por diferentes caminos se puede llegar a esa Verdad intrínseca y a ella llegaremos si nos lo proponemos.

“YO soy la Vida”, obedece al mismo plan cósmico de la Naturaleza del Hombre en el hombre. Todos somos la Vida, porque todos somos esa chispa di-

vina que llevamos con nosotros aún antes del amanecer de la existencia.

Luego, y quizás con demasiada osadía, tal vez podríamos intuir que lo que el Gran Maestro quiso indicarnos es que estuviéramos alerta y descubriéramos por nosotros mismos ese Camino ... esa Verdad parcial-total, ... esa Vida subyacente en nosotros. Es como si Él hubiera querido decir: “YO soy el Camino (para mí mismo), la Verdad (en mí mismo) y la Vida (en mí mismo.)”

También Jesús añadió: “El que Me siga, aunque haya muerto vivirá.” Este pronombre personal “Me” sigue siendo el “YO” interno de cada uno y esta segunda frase se entiende muy bien desde el punto de vista esotérico. Porque de eso se trata, de seguir “Mi” camino, para cada uno de nosotros. Porque seguir el Camino es seguir al Maestro interno, a nuestro “YO” superior que nos acompaña toda la vida.

Parecería una explicación plausible, aunque, evidentemente, no todo el mundo estará de acuerdo. Es mucho más cómodo seguir la pauta de siempre y postarnos delante de Su sagrado corazón pensando que Él es nuestro Camino y debemos seguirle; que Él es nuestra Verdad y debemos acatarla sin más y que Él

es la Vida, porque sin nuestra adoración hacia Su figura y hacia Sus enseñanzas nada tiene sentido. Y porque es mucho más cómodo creer y escuchar que dudar e investigar movidos por nuestro razonamiento y nuestro propio entendimiento, ayudados de nuestra intuición.

Claro está que esto sólo es una manera de interpretar Sus palabras.

Todo este preámbulo nos lo ha sugerido unas afirmaciones que, además de chocantes, son ilustrativas para nosotros. Son de un personaje que deambula por el mundo y que se dedica, según él, al “arte de la terapéutica”, y que se intitula a sí mismo “psicomago”: Alejandro Jodorowsky une el psicoanálisis a la magia y lo llama “psicomagia”.

*La medicina académica trata al cuerpo como una mera máquina orgánica. Pero esa máquina genera conciencia: la conciencia es tan orgánica como el cuerpo. La conciencia es el más elevado estado de la materia. (Después de esta explicación no podemos por menos que pensar en el maravilloso libro de Annie Besant *Estudio sobre la Conciencia*, donde tan extensamente ella trata de este tema.)*

He cultivado toda la vida el lenguaje artístico. A lo largo de mi vida he desarrollado mi imaginación, no mi intelecto. Para llegar a la psicomagia hay que haber profundizado en un lenguaje artístico.

La psicomagia usa para la terapia métodos que usaron ya los chamanes, curanderos populares y magos desde los remotos tiempos de la historia. El filósofo Plotino sanó a un tipo que estaba a punto de morir por creer que tenía una culebra dentro de las tripas. Le administró un vomitivo. Cuando el hombre vomitó, le echó subrepticamente

una culebra entre el vómito. El tipo creyó por fin haberse librado de su culebra, y se curó.

Nuestra razón, hoy, sabe ya que existe el inconsciente y que tiene un lenguaje propio. Ya no necesitamos parafernalias supersticiosas. La magia usó un lenguaje que el inconsciente entiende, que el cuerpo entiende, y la psicomagia lo utiliza. ...Hay un inconsciente mental, hay un inconsciente emocional y también un inconsciente corporal.

En nuestra medicina también hay psicochamanismo. Hay médicos que curan más que otros usando los mismos medicamentos. ¿Por qué? ¿Porque esos médicos activan mejor los recursos auto-sanadores del paciente! Esos médicos actúan como chamanes, sin saberlo.... Es un experimento de ultravanguardia. ¡Y tendrá una importancia médica primordial dentro de unos años! ... Todo lo que tú eres está aquí y ahora... Fuiste antes de nacer, serás después de morir. Siempre estás. Eres inmortal. Imagínalo. Imaginar es crear.

Ante una conversación importante, ponte antes miel en la boca. Que tus palabras sean dulces, ¡aunque hables con tu enemigo! El lenguaje es el más elevado producto del sistema nervioso. El lenguaje modifica la médula nerviosa de las personas. Si insultas, ¡te perjudicas!

Tal vez este personaje cuyas opiniones son lacerantes, aparentemente, dislocadas para muchos, no dejan de representar una novedad dentro del marco actual de la psicología. Él se auto-define como artista polivalente: mimo, baile, poesía, cine, teatro, cómico, novela...

La Vanguardia publicó una entrevista con Jodorowsky el pasado 27 de abril,

en el suplemento REVISTA, págs. 12-13, del que hemos entresacado estos párrafos, y resulta muy interesante.

La muerte de un hijo le conmocionó y le llevó a preguntarse para qué hacía todo lo que hacía, para qué hacía arte. Fue descartando todas las respuestas – por huecas e insatisfactorias– hasta que sólo una le resultó iluminadora: “el arte

no sirve para nada si no cura.”

Y es la visión del mundo de esta persona la que nos ha conducido hasta el pensamiento de Jesús que inicia esta nota. Pensamos que Jodorowsky, a los 68 años, encontró su Camino, su Verdad, su Vida. Es reconfortante.

C.B.

DESDE LA ATALAYA

Surendra Narayan

LA NATURALEZA DE LA BONDAD DE LA VIDA

En su tratado titulado *La filosofía perenne*, Aldous Huxley dice que “la bondad es la aceptación, y posterior rendición, que hace el yo separado del Origen divino que le da el ser; el mal es la intensificación de la separatividad, el rechazo a conocer que ese Origen existe”. La bondad es, por consiguiente, aquello que refleja, o intenta reflejar, la divinidad que está profundamente impresa dentro de nosotros. Esa divinidad no es ni vuestra ni mía, impregna todo lo que vive o existe y por eso no es separativa y constituye un todo indiviso. El bien no puede, pues, existir cuando pensamos y nos sentimos como individuos separados, como seres que tienen una propia identidad, un interés propio y unos deseos egoístas propios.

Entonces estamos limitados, sucios y sufrimos el dolor que nos causan nuestros deseos incumplidos de tener dinero, fama, una posición en la sociedad o el reconocimiento de la importancia que deseamos tener. Además, cuando tratamos de cumplir nuestros deseos egoístas y pobres, perjudicamos a los demás de distintas maneras, tanto físicamente, como emocionalmente y mentalmente, y después también nosotros sufrimos dolor, más pronto o más tarde. Esto no es vivir en la bondad.

Un ejemplo sencillo de la bondad, que muchos hemos oído contar en nuestra infancia, es aquella historia del perro que se sentaba en medio del camino que tomaban los niños para ir a la escuela. Cuando le preguntaron al perro

por qué se ponía allí, éste respondió que lo hacía para distinguir a los chicos buenos y los malos. Le preguntaron cómo lo hacía y el perro dijo que cuando un buen chico se acercaba, se apartaba hacia un lado para no pisarle, mientras que el que era malo le daba una patada y seguía tan tranquilo.

La bondad también consiste en no juzgar a una persona por su exterior. En una de las *Cartas de los Maestros a A.P. Sinnet*, el Maestro escribe: “Ud. sólo vió que Bennet tenía las manos sucias, las uñas descuidadas y un lenguaje vulgar... Existe un olor moral además del físico, amigo. La pulpa dulce de la naranja se encuentra dentro de la piel.”

La bondad se refleja en la vida de tantas maneras como cualidades hay. El Cardenal Newman en su ensayo *La definición de un caballero*, habla de algunas de estas cualidades o actitudes en la vida:

Se burla de los favores, aunque los hace y parece que reciba cuando, en realidad, está dando. Nunca habla de sí mismo excepto cuando se le obliga... no presta su oído a chismes ni murmuraciones, es escrupuloso en no atribuir motivos a los que le causan problemas y siempre lo interpreta todo de la mejor manera... Tiene demasiado sentido común como para ofenderse por los insultos, está demasiado ocupado para acordarse de las heridas y es demasiado perezoso para maquinan venganzas.

Un aspecto más profundo de la bondad de la vida es el que menciona el *Bhagavadgita* en los siguientes versos:

Aquél que, asentado en la unidad,
Me adora a Mí, que moro en todos los seres,

Ese Yogui vive en Mí, sea cual sea su estilo de vida (VI. 31)

Relacionarse correctamente con todo y con todos los seres es también una cualidad básica de la bondad de la vida: una buena relación con la tierra, el agua, el aire, los árboles, los animales y los seres humanos. Este tipo de relación nace de un sentido de armonía y de respeto hacia todo, porque todo cuanto vive es sagrado.

Cuando viajamos en coche o en tren, muchas veces vemos montañas que fueron hermosas, que estaban llenas de árboles y de plantas y que ahora están desnudas, desiertas y dañadas implacablemente por el egoísmo humano y su deseo de poseer minerales, piedras, madera, agua etc. Los ríos se han contaminado con residuos y otras porquerías, incluso ríos ¡que se consideran sagrados por parte de quienes los han contaminado! El aire que respiramos está envenenado por los gases de los vehículos y de las fábricas. Con una falta de respeto absoluta, estamos destruyendo la tierra en la que vivimos y explotamos su botín para nuestros fines egoístas. Todo esto no es ni armonía, ni respeto por la Naturaleza. Y en cuanto a nuestra relación con los seres humanos, en vez de ver, de apreciar y de fomentar las buenas cualidades de los demás, muchas veces tendemos a encontrar defectos en ellos, criticando sus incapacidades y faltas y reprobando su modo de trabajar y sus opiniones, como si nosotros fuéramos un modelo de perfección. En este proceso, ensuciamos su mente con nuestros feos pensamientos y también ensuciamos la nuestra, porque de ella salen todos esos

negros pensamientos. Vamos a recordar aquí una afirmación profunda de *La Clave de la Teosofía*, que dice que por cada flor de amor y caridad que plantamos en el jardín de nuestro vecino, desaparece un feo hierbajo del nuestro; porque la bondad siempre purifica.

J. Krishnamurti habla de la bondad, en una de sus últimas conferencias, con estas palabras:

Todo es un movimiento, las estrellas, los cielos, la luna, el sol, una sola energía extraordinaria. Nuestra energía es muy limitada. ¿Podemos superar esos límites y entrar a formar parte de ese enorme movimiento de vida?... Yo a eso le llamo la bondad.

Un famoso científico escribió, hace casi setenta años, que él percibía una unidad tan asombrosa en todo el Universo, y un grado de precisión en el funcionamiento tanto de la materia viva como de la no viva tan alto, que se sentía obligado a imaginar el universo como el resultado de un propósito inteligente. Ese propósito, me gustaría añadir, es, en nuestro contexto, la evolución espiritual de la humanidad, o, con otras palabras, el florecimiento de la bondad en la humanidad.

Los sabios y los seres santos han mencionado muchas cualidades como constituyentes de la bondad de la vida, pero también han dicho que no es necesario cultivarlas todas individualmente, porque todas empiezan a desarrollarse o a crecer *de forma natural* en la persona que trata de comprender su verdadera naturaleza, que es divina y por eso carece de dualidad. Nos dan el ejemplo del árbol que tiene muchas ramas que salen

de un solo tronco y se extienden a su alrededor, o de las numerosas flores que salen todas a partir del tallo de una sola planta, con una sola raíz.

La comprensión de nuestra naturaleza más profunda se consigue con la observación y vigilancia de nosotros mismos. J. Krishnamurti dijo una vez “En el arte de ver está el milagro de la transformación”. Ramana Maharishi aconsejaba una cosa: la de reflexionar sobre “quién soy yo”. Y la vigilancia es importante, porque un pequeño desliz puede a veces arruinar el *sadhana* de toda una vida. De ahí la exhortación “¡manteneros despiertos, manteneros siempre totalmente despiertos!”

Y quiero añadir que la paciencia también es necesaria. “El mundo no evolucionó entre dos monzones, mi buen amigo” escribió el Maestro al ver la impaciencia que Sinnet mostraba por su progreso en el sendero espiritual.

Y nos gustaría terminar con el consejo que nos dio el Buda, un consejo que expresa de forma hermosa la naturaleza de una vida que se quiere vivir en la bondad:

Ni una palabra mala pronunciaré,
Me preocuparé por el bienestar de los otros,
De corazón afectuoso y sin resentimiento.

Si hacemos de esto nuestro lema, difundiremos por todo el mundo nuestros pensamientos de amor, que alcanzarán todos los confines, sin límites, sin odios, sin resentimientos; y así seguirá siempre. Por esto, tenemos que prepararnos.

The Theosophist, Junio 2004

VIVIR EN EL OJO DEL HURACÁN

Joy Mills

En el primer capítulo del *Bhagavadgita*, Sanjaya, el narrador, describe lo que debió ser un rugido increíblemente desgarrador y atronador cuando los dos ejércitos se preparaban para la batalla. Usando las mismas palabras del texto, "...las trompas y los timbales, tamboriles, tambores y cornetas resonaron, de repente, con un gran estruendo y el ruido fue atronador". Sanjaya siguió describiendo la escena con todos los ruidos de acompañamiento y añadió: "ese alboroto tumultuoso rompió el corazón de los hijos de Dhrtarashtra, llenando la tierra y el cielo con su sonido". Tan vívida es, realmente, la descripción que nos hace que casi llegamos a oír con nuestros oídos físicos la terrible cacofonía de esos sonidos, sintiendo en nuestro interior el terror del conflicto inminente.

Hoy parece que estamos siendo atacados por ese mismo tumulto de ruidos, ya sea literalmente desde las llanuras de Iraq o figurativamente desde los mercados económicos y comerciales del mundo. Las nubes tormentosas nos rodean y nos sentimos tan atemorizados y ansiosos como lo estaba Arjuna, tan temblo-

rosos e indecisos, tan confundidos y perplejos como lo estaba ese representante de la raza humana enfrentado a lo que parecían ser las fuerzas demoníacas sueltas en el mundo. Hace más de un siglo, el poeta inglés Matthew Arnold lo describió también muy bien:

Y estamos aquí, en una llanura tenebrosa,
Arrastrados por alarmas confusas de luchas y de ataques,
Donde los ejércitos ignorantes colisionan por la noche.

Aunque no es mi intención hacer un estudio del *Gita*, hay otro punto del capítulo primero de esa hermosa obra que merece nuestra atención y que me sirve de magnífico ejemplo para mi tesis actual. Aunque Arjuna temblaba de miedo ante el sonido y la visión que le abrumaban, él seguía dando órdenes a su auriga, el divino Krshna, para que le llevara hasta el centro del campo, entre los dos ejércitos contrarios. "En medio, entre los dos ejércitos", le decía "detendrás mi carro". Y al pedirle eso a Krshna, Arjuna le llamaba "Achyuta", reconociendo así el centro "inmutable e inmovible" que hay en nuestro interior, y que podría decirse que Krshna represen-

taba.

Podemos, entonces, sugerir que la necesidad realmente urgente de hoy en día, para todos los que estamos atrapados en el ruido y la furia de nuestra situación contemporánea, es la de dirigirnos a ese centro y una vez en él, “detener” nuestro carro, porque sólo desde el centro podemos empezar a observar todo el campo de la existencia. Únicamente cuando hayamos detenido del todo el carro que conducimos, el yo personal, en el mismo centro, estaremos en situación de entender cuál es la acción correcta. Identificarnos con una u otra parte del conflicto que se arremolina junto a nosotros, dejarnos llevar por los vientos de la fortuna, correr de aquí para allá buscando soluciones externas, empujados y sacudidos por las tempestades de la pasión, es actuar ciegamente y sin razonar, y desde luego sin comprender las raíces profundas de la crisis actual que nos aflige. Cuando el mundo está ardiendo, cuando todas las trompas de la miseria humana están gimiendo, lo que hay que hacer es moverse, no detenerse. No hay tiempo para observar nada tranquilamente desde ningún centro, aunque pudiéramos encontrarlo. La tormenta está en marcha; ¡hay que actuar!

Sin embargo, hagamos una pausa. Yo tengo, en un estante que hay sobre mi mesa, una hermosa estatuilla de bronce que representa a Krshna en la postura tradicional tantas veces reproducida, con el peso descansando ligeramente en una pierna y con la otra pierna cruzada delante, tocando apenas el suelo con los dedos del pie. Está tocando la flauta, ese instrumento tan delicado cuyo sonido

parece poco adecuado para aplacar el ruido de las trompas y de los tambores. Su rostro muestra una expresión de absoluta tranquilidad, de una paz indescriptible. A mí me produce una sensación de actuar dentro de la no actuación. Por encima del tumulto y el fragor de la tormenta, escuchamos la dulce y pura melodía de la flauta que va silenciando el rugido del mundo.

¿Cuál es la lección que sacamos de la estatuilla de Krshna? ¿Y cuál es el significado de la necesidad que tiene Arjuna de acercarse al centro, entre los ejércitos dispuestos para la batalla? Tal vez sea el momento de pensar en la importancia de acercarnos al centro de nuestro ser y detener allí el carro que conducimos cada día, la personalidad, silenciándola siquiera un instante para poder oír la voz de lo inmutable. Allí podemos encontrar el secreto de la acción correcta, el “secreto real” como lo llama el *Gita*, que el mundo busca con tanta desesperación. En esta época ciclónica, cuando todo lo que parecía seguro se ve arrasado por las tormentas que rugen a nuestro alrededor, viene bien recordar, cambiando la metáfora de la batalla por la del ciclón, que en el ojo de cada huracán hay una calma absoluta. De manera figurativa al menos, es en ese punto, sin duda alguna, donde ha de situarse el Teósofo: en el centro tranquilo e inmóvil. Podemos entender, como lo hizo el antiguo sabio taoísta, “el beneficio de la existencia y la utilidad de la no existencia”, citando una frase paradójica que señala ese tipo de acción que surge naturalmente o espontáneamente de la no acción del centro inmutable de nuestro

ser. Según una traducción de ese hermoso texto del *Tao-Te-Ching* (*The Guiding Light of Lao Tzu* de Henry Wei):

Treinta radios convergen en el cubo de una rueda:

En ese espacio hueco del no-ser

Está la utilidad de la rueda.

La arcilla se moldea para tener un recipiente:

Donde está el no-ser

Está la utilidad del recipiente.

Se abren puertas y ventanas

Para hacer una habitación:

Allí donde está el no-ser

Está la utilidad de la habitación.

Por eso, aunque el ser sea valioso,

Es el no-ser lo que es útil.

¿Significa esto, preguntamos, que hay que dejar de existir, para convertirnos en la nada, en un cero de la existencia? O ¿acaso nos indica, como descubriría Arjuna, una nueva manera de existir en la cual la acción procede de un centro sin acción? Tal vez la forma más elevada de acción, la acción correcta o la verdadera acción, sea, paradójicamente, no tanto la acción como la presencia. Y volviendo a citar al *Tao*:

Volver a la raíz significa la inmovilidad;

La inmovilidad significa la renovación de la vida.

Así pues, Lao Tzu habló del requisito previo esencial de una vida significativa: “Mantened la quietud en todo vuestro ser”. Es esa quietud lo que representa tan perfectamente mi estatuilla de Krishna, una quietud que realmente necesitó Arjuna para escuchar las enseñanzas que le daba su auriga, esa quietud que tan sucintamente expresa el Salmista David, con la absoluta simplicidad de su plegaria “Quédate en silen-

cio y conoce que yo soy Dios”. El poeta T.S. Eliot hablaba de esa quietud como del “punto inmóvil del mundo que gira” y el poeta místico irlandés AE. lo definía como ese “centro de nuestro interior a través del cual se tejen todos los hilos del universo”, un centro totalmente inmóvil pero que sirve de espejo para reflejarlo todo.

Resulta bastante fácil apresurarse en la acción, es también fácil tirarse de cabeza a la actividad frenética fruto de la pasión por estar siempre en activo, preocupándonos por el bienestar del mundo. Podemos incluso sentir cierta culpa si nos detenemos demasiado tiempo mientras toda la gente de nuestro alrededor se agota con sus múltiples tareas, dedicados incesantemente a “hacer el bien”, una manera de definir nuestras actividades y las suyas. Especialmente como teósofos, es posible que hayamos sentido una punzada en la conciencia cuando se nos ha preguntado, como pasa tantas veces: “Pero ¿qué hacéis para curar el sufrimiento de la pobre humanidad?” Y entonces, para redimir nuestra conciencia, hablamos de las numerosas actividades que tiene la Orden Teosófica de Servicio o el trabajo que hacen los miembros individuales en distintos campos.

No estoy sugiriendo aquí no hacer nada ni tampoco definiendo la idea de que el hecho de permanecer todo el tiempo sentados en contemplación constante del vacío sea preferible a realizar acciones altruistas. Por supuesto nunca se nos aconseja dar la espalda a una acción que beneficie a los demás (incluyendo a nuestros llamados “hermanos menores”

del reino animal y vegetal). Por el contrario, podemos decir que la filosofía teosófica añade otra dimensión al significado de la acción, porque habla directamente de una manera de estar en el mundo que puede describirse como una manera de servir a través de la presencia. Es decir, que nuestra propia presencia en el mundo serviría para transformar al mundo, o para ayudar a producir esa transformación profunda de la conciencia, que es lo único que sirve como solución última de nuestros problemas humanos. Este tipo de vida es el que se vive en el centro, o desde el centro, en el ojo del huracán. Desde este centro se irradiaba la paz, el amor, la compasión y la comprensión.

La psicología contemporánea reconoce que las masas de gente pueden verse arrastradas en torbellinos de desorden interno y externo manipulados por una sola persona poderosa. La historia está llena de ejemplos de este tipo de individuos, cuya misma turbulencia y agitación se han llevado consigo las pasiones y arrebatos de todos los de su alrededor: Genghis Khan, Rasputin, Hitler, la lista es casi interminable. Igualmente reconoce la psicología la influencia que puede tener el individuo ordenado, la persona que, integrada y armoniosa internamente, es capaz de crear un centro de paz a su alrededor. La historia nos da ejemplos del “gran hombre” cuya grandeza consiste en la presencia de su ser en el mundo: desde Krshna hasta Cristo, estos son los santos y los salvadores, los sabios y los rectos, los “despiertos” (Budistas) que, desde tiempos inmemoriales, han pedido a la humani-

dad, y siguen pidiéndolo, que encuentre el centro y habite en ese centro.

Recordemos aquella historia antigua de dos hombres que labraban sus tierras; es una historia que ilustra muy bien mi tesis. La tierra era pedregosa y el tiempo era muy malo, porque no llovía y el río con el que conseguían regar un poco estaba ahora seco. Mientras araban los surcos, uno de los dos hombres tenía el rostro ceñudo y la mirada gélida. Pensaba en las dificultades de su vida, en el dolor que sentía en los pies y las piernas. Le daba voces a su hambriento caballo porque no corría bastante. Viendo a su compañero, acabó por convencerse de que el caballo de su vecino era más rápido y de que el trigo del otro hombre crecería más que el suyo, porque la tierra del otro era menos difícil de arar. Entretanto, su vecino trabajaba con cierto ritmo y gracia, concentrándose en la línea recta que debía hacer con el arado y parándose de vez en cuando para dejar descansar a la yegua. Parecía tranquilo, sin prisas y sin agobios. Cuando el sol empezó a calentar y la temperatura fue aumentando, el primer campesino fue aumentando también los gritos que le daba a su caballo; el sudor le caía por la cara y por los ojos, impidiéndole casi la visión; se le hincharon las venas de las manos al agarrar los mangos de su arado. Sólo pensaba que su vecino se burlaba de él, mientras trabajaba con esa lentitud y con una expresión de tanta tranquilidad en el rostro. Su ira fue creciendo hasta límites insospechados de violencia y por la mente le iba pasando la misma idea obsesiva una y otra vez: “Si tuviera su caballo, podría arar el do-

ble de rápido. ...Si tuviera su tierra, no tendría que empujar tanto”. Finalmente, desesperado, soltó el arado, cogió la piedra más grande que encontró y atravesó el campo gritando salvajemente y corriendo hacia su vecino. Al día siguiente, el segundo granjero volvía a estar arando su campo, pero ahora tenía dos caballos. Caminaba más despacio, sin embargo, porque estaba triste y asombrado al recordar el extraño suceso del día anterior cuando, sorprendido por un repentino grito salvaje, levantó los ojos y vio cómo su vecino corría atropelladamente hacia él, con el brazo levantado y a punto de tirarle una gran piedra. Sin tiempo para reaccionar, vio solamente cómo su vecino caía muerto a sus pies, con la piedra todavía en las manos. Hasta el mismo día de su muerte, el segundo granjero nunca acabó de entender qué le había pasado por la cabeza a su vecino o de dónde había surgido toda aquella violencia tan salvaje y repentina.

Tanto la ira como la paz son cualidades privadas que nacen en fascinantes y recónditos lugares de la mente y del corazón. No basta con decir que los dos hombres de ese antiguo cuento tenían mentes distintas y conformarnos con eso. Claramente, la diferencia que había entre ellos se halla a un nivel más profundo pero la vía que se abre paso hasta la conciencia parte de un centro que, en realidad, es común a todos nosotros. En un caso, ese camino hasta la conciencia había pasado por una mente dirigida al propio interés, a la ambición, la envidia y el deseo; en el otro caso, la mente estaba en paz, tenía un objetivo y

una preocupación por el animal, por la tierra, por el trabajo a realizar. ¿Es posible, preguntaremos, cultivar los valores que surgen de ese centro profundo de nuestro interior de tal manera que podamos convertirnos en una presencia de paz en el mundo, en una presencia que irradie tranquilidad y que fomente la creatividad del espíritu? ¿Es posible desenredar nuestra naturaleza psicológica de todo lo que produce conflicto y violencia, permitiendo un fluido libre de la energía desde ese centro interior de nuestro ser, ese centro que, según se ha dicho, es común para todos y propiedad de nadie, aunque siempre sea singular en su funcionamiento a través de un individuo a la vez? Porque el Atman, si queremos darle ese nombre al centro en cuestión, es realmente universal y por eso común a todos; sin embargo, en cada uno de nosotros, se revela su unicidad de expresión.

Todos los textos antiguos nos dicen que este desenredo de nuestra naturaleza psicológica es posible. El proceso está definido tanto en las escrituras yóguicas como en las místicas, y en todas las tradiciones religiosas y sistemas psicológicos contemporáneos que insisten en el individualismo, en la auto-realización, y en la transformación a partir de un nivel transpersonal. En ese hermosísimo y realmente regalo único que nos hizo H.P. Blavatsky, *La Voz del Silencio*, al proceso de desenredo que conduce a ese tipo de iluminación en la cual el individuo se convierte no sólo en un ser auto-iluminado sino en un genuino portador de luz para el mundo, se le llama “el sendero de las *paramitas*”, si usamos la ter-

minología budista para describir los siete portales a través de los cuales el aspirante tiene que pasar en su viaje hacia el centro.

A veces llamadas “virtudes trascendentales”, las *paramitas* son cualidades del ser que se hallan en ese centro del cual hemos hablado. Están esencialmente presentes en ese espacio interior que puede denominarse el “ojo” de nuestras propias tormentas externas personales, porque cuando llegamos a ese espacio interior, a ese centro, a ese “ojo”, las tormentas externas amainan y sale el sol de nuestro ser, que dispersa incluso las nubes más oscuras y amenazadoras. Todos los textos del budismo Mahayana enumeran las seis o diez *paramitas*, “virtudes” o “perfecciones”, que han de practicarse en el Sendero del Bodisatva, el sendero de la compasión. H.P. Blavatsky las numera como siete, y las llama las “llaves de oro” que abren los “portales del camino espinoso que lleva a *jnana*” o sabiduría. Así pues, en *La Voz del Silencio*, estas “excelentes virtudes” son las siguientes:

Dana, la llave de la caridad y el amor inmortal.

Sila, la llave de la armonía en la palabra y acto, la llave que equilibra la causa y el efecto, y que no deja espacio a la acción kármica.

Kshanti, la dulce paciencia, que nada perturba.

Viraga, la indiferencia al placer y al dolor, la ilusión conquistada, la verdad únicamente percibida.

Virya, esa indomable energía que se abre paso hasta llegar a la verdad sobrenatural que está fuera del espejismo de las mentiras terrenas.

Dhyana, cuya puerta de oro, una vez

abierta, conduce al Naljor hacia el reino de Sat eterno y su incesante contemplación.

Prajna, la llave de aquello que convierte al hombre en un dios, haciéndole un Bodisatva, hijo de los Dhyanis.

Se han escrito muchos y muy buenos y útiles comentarios sobre estas cualidades sublimes, pero podemos plantearlas considerando de qué manera pueden liberarnos de los principales impedimentos que afligen a nuestra naturaleza psicológica, obstáculos que son causa de nuestras propias tormentas personales. Con la práctica de estas bellas virtudes podemos empezar el proceso de ir deshaciendo los nudos que nos sujetan, desenredándonos de nuestra implicación con la confusión y el caos que parecen caracterizar a nuestro mundo contemporáneo. En conjunto, las *paramitas* expresan una manera de vivir desde el centro.

La humanidad hoy en día (y como individuos no estamos exentos de ello) parece estar dominada por la ambición y la pasión, el apego a la riqueza, a las posesiones, la posición y el poder. Este es el primero de los obstáculos que nos mantienen enganchados en la trama del egocentrismo, del propio interés. Sólo la realización, el conocimiento pleno de que toda la vida es una, indivisa y global, lo cual, en esencia, es *prajna* o sabiduría, puede liberarnos de ese sentido de separatividad que fomenta la ambición y el interés propio. Y con esa realización nace, espontáneamente y de forma natural, una verdadera caridad de espíritu, *dana*, un regalo genuino de todo cuanto somos al servicio de todo cuanto vive. Es la actitud inculcada en uno de

los Upanishads: “No es por el esposo que el esposo es querido, sino por el Yo es querido el esposo”. “No es por la esposa que es querida la esposa, sino por el Yo que es querida la esposa”. Y el texto continúa con todas las demás relaciones; todo es querido solamente “por el Yo”, el Yo Uno que se encuentra en el centro de todos los seres. Y así aprendemos a actuar con un espíritu de verdadera universalidad, desde nuestra conciencia de la unidad; cada pensamiento, cada sentimiento y acción estarán entonces basados en esta conciencia y, por consiguiente, están llenos de amor y de verdadero afecto por la riqueza de la vida. Cada acción, no contaminada por la preocupación del yo personal, fluirá desde la no-acción del centro de nuestro ser.

La segunda aflicción importante que nos aqueja y nos enreda, ocasionándonos dolor e infelicidad, entre las tormentas de la existencia, consiste en nuestras antipatías, nuestras animosidades y celos, las simpatías y rechazos que surgen de nuestra sensación de tener un yo separado. Es la enfermedad universal que envenena tantas relaciones humanas y que tiene también sus raíces en nuestro propio egocentrismo y en nuestra incapacidad de reconocer la realidad de la vida una. Como alimentamos nuestro propio egocentrismo, no sabemos actuar dentro del campo de la ley inexorable de la Naturaleza en concordia y cooperación en vez de hacerlo con un espíritu de discordia y resistencia. Pero la contemplación interna de la vida una, *dhyana*, nos lleva a reconocer que hay una sola ley, que es la “llave de la armonía en palabra y acto”, *sila*. Nuestra con-

ducta, pues, tiene sus raíces en la gran ley de la causalidad, el karma, y siempre actuaremos desde ese centro interno de quietud con una percepción espiritual sin nubes.

Por debajo de nuestra ambición y deseos, nuestras simpatías y antipatías, está el tercer gran obstáculo, la ilusión nacida de la ignorancia de quienes somos realmente, la incapacidad de diferenciar la apariencia de la realidad, de discernir entre lo real y lo irreal, entre lo verdadero y lo falso. Igual que *dana* y *prajna*, también *sila* y *dhyana* forman pares complementarios, de modo que al liberarnos del tercer obstáculo, las dos virtudes de *kshanti* y *virya* pueden verse relacionadas. La esencia de la paciencia, la fortaleza y la quietud, que es *kshanti*, requiere la inquebrantable energía de *virya* para su práctica continuada. Es *kshanti* la que da valor al corazón vacilante del aspirante y quien la posea podrá resistir todas las tentaciones, todos los fracasos y decepciones con una confianza nacida de una voluntad dulce y persistente, con la valentía del alma, que es la verdadera *virya*. Porque *virya* es la determinación que tiene un propósito, un objetivo, la fijeza del corazón y de la mente, que lleva al individuo hasta su último triunfo. Esta persona conoce con certeza que “cada fracaso es un éxito y que cada intento sincero alcanza su recompensa con el tiempo”, citando a *La Voz del Silencio*. Así pues, aprenderemos a ir más allá de los enredos causados por la ilusión hasta el reino de la luz, en el centro donde la ignorancia deja de existir, donde la ansiedad por el futuro y el dolor por el pasado ya no pueden

perturbarnos.

Todos sufrimos de un hambre casi insaciable de adquisiciones para el yo personal, tanto si se trata de posesiones físicas como de capacidades psíquicas o de cualidades espirituales. Es un hambre que parece incluso “devorar” a otros en nuestra búsqueda constante de algo más, aun cuando no podamos definir ese “más” que deseamos poseer. La búsqueda en sí misma ya nos encadena inevitablemente, nos sujeta cada vez más a nuestro sentido de “yoidad”. Y entonces vamos de un lado para otro de los opuestos del placer y el dolor, buscando uno e intentando evitar el otro, incesantemente atrapados en las tormentas de los deseos y “rechazos”. Pero este cuarto obstáculo puede desaparecer cuando empezamos a practicar esa sola virtud que es la llave del portal del medio “la puerta del equilibrio”, *viraga*. Mientras que HPB la define como la “indiferencia al placer y al dolor”, tal vez una descripción mejor sería la ecuanimidad, una misma determinación hacia todo aquello que nos depara la vida. Es un equilibrio interno, que se encuentra solamente cuando se vive en el centro, donde el Yo es Uno, en vez de vivir en medio de las tormentas de los deseos y pasiones personales. Aquí, en el centro, hay libertad para aquél que es capaz de considerar de la misma manera al placer y al dolor.

Vivir en el centro, vivir en el ojo del huracán, donde hay una calma absoluta, y con nuestra sola presencia en el mundo llegar a ser un punto radiante de luz: evidentemente este sería el ideal, aunque su realización completa pueda com-

pletarse en el futuro. Pero por más vacilantes que sean nuestros pasos, podemos empezar a caminar ahora por el sendero de las *paramitas*, empezando así a cortar las cadenas que nos mantienen cautivos de nuestro propio sentido descarriado del yo personal. Con las palabras con las que expresa de forma tan hermosa *La Voz del Silencio* el ideal y la posibilidad de acercarse a él:

Sigue la rueda de la vida; sigue la rueda del deber para con la raza y los tuyos, con el amigo y el enemigo... Si el sol no puedes ser, entonces sé el humilde planeta... Sí, si no consigues arder como el sol del mediodía sobre las montañas de cimas nevadas de la pureza eterna, entonces escoge, ¡Oh, neófito! un curso más humilde.

Indica el camino, por más débilmente que sea o esté perdido entre las huestes, igual que hace la estrella noche con los que hollan su sendero en la oscuridad... da luz y consuelo al peregrino cansado y busca a aquél que sabe todavía menos que tú...

Empezar: eso es lo que hay que hacer, porque empezar tal vez sea todo cuanto se nos pide. Pero si no empezamos, porque las condiciones ciclónicas del desorden mundial parecen demasiado abrumadoras para pensar que nuestros pequeños esfuerzos puedan representar alguna diferencia, iremos directamente al fracaso o a la traición de todo cuanto se nos ha dado. Verdaderamente, “cada fracaso es un éxito, y cada intento sincero alcanza su recompensa con el tiempo”.

Cuando contemplamos nuestra posición actual y los desafíos que nos presentan las tormentas que rugen a nues-

tro alrededor, podemos hacer una pausa momentánea para reflexionar sobre el movimiento que siempre nos será posible hacer a todos: el movimiento hacia adentro hasta llegar al centro, donde mora la paz. O, para usar otra imagen, considerad ese momento frágil de la salida del sol antes del comienzo de todas las ajetreadas actividades de un nuevo día, tal como lo describió la escritora inglesa Jacquetta Hawkes en su libro *The Land*:

Con una calma absoluta gira la tierra alrededor de su eje a miles de millas por hora y alrededor del sol a mil cien millas por minuto; la tierra, la estrella de la mañana y el sol todavía invisible están girando alrededor de su eje galáctico a medio millón de millas por hora. No se mueve una sola hoja ni una brizna de hierba. Sólo las notas del

pájaro perturban el silencio del sol que está a punto de salir.

Un movimiento hacia adentro, hasta ese centro, escuchando las notas de los pájaros al amanecer, llegando a una quietud que sólo se encuentra en el centro, en el “ojo” del huracán: ese es el camino que podemos seguir en el viaje tan antiguo como el tiempo que conduce al corazón mismo del universo. Y desde ese centro volveremos a salir al exterior, pero ahora para vivir de otra manera, porque aportaremos a toda acción externa el silencio de la no-acción del Yo Uno siempre presente y siempre atento. Es como si la quietud del amanecer impregnara con su frescura cada hora de nuestros ajetreados días.

(The Theosophist, Abril 2004.)

EL ESTADO MÁS BELLO DE MENTE Y CORAZÓN

N. Sri Ram

Sería un ejercicio muy interesante para algunos de nosotros considerar lo más profundamente posible la pregunta: “¿Qué estado de la mente es el más deseable?” Es decir, qué es lo que hemos de alcanzar finalmente, a pesar de lo muy ocupados que estemos con otros objetivos que nos atraen, en el transcurso del tiempo. Es-

tando descontentos y desasosegados y en tanto que no alcancemos aquel estado interno, consubstancial con la libertad y la armonía, con el fluir espontáneo de la vida y el gozo, no podremos ayudar a nadie. Podemos, sin embargo, aún desconociendo las causas de nuestro descontento, buscar algo más o algo distinto de lo que ya tenemos. El asunto cues-

tionado puede contestarse de distintas maneras, dado que es un estado conocido que comprende muchas cualidades, cada una con su color y reflejos propios, y todo tan perfectamente mezclado que no es posible describir tal estado en términos de una u otra cualidad. Esas cualidades poseen cada una su particular belleza y por ello pueden parecer separadas y diferentes, pero todas surgen de una condición subyacente y finalmente se desvanecen en otra.

Este estado tan bello del Ser —o de mente y corazón— es un estado en el que coexisten un sentimiento de paz y de reposo con un movimiento espontáneo. Esto puede parecer paradójico, pero se hace comprensible cuando entendemos que aunque algo viva en una condición de reposo, la vida siempre es movimiento. Cuando estos movimientos, en cualquier plano que sea, son fáciles y forman una totalidad armoniosa, existe un sentimiento de reposo en la experiencia de esa armonía. Ese sentimiento no significa complacencia, ni una condición de indolencia, lo que podría indicar falta de propensión para los cambios, inhibiendo la posibilidad de libre movimiento. Ese bello estado surge del cese de toda actividad compulsiva, que es causa del auto-conflicto o de una situación febril en uno mismo. Podemos no haber experimentado en nosotros o sabido por otros, de una condición auto-contenida, por decirlo así, pero podemos inducirla en los demás y ello se manifiesta perturbándolos. Cuando uno no sabe qué hacer consigo mismo, automáticamente presiona sobre otro. Hay personas que no están satisfechas a

menos que sientan que están haciendo su impacto en otras, sea confundiéndolas, o por la pura fuerza de su palabra, o proyectándose de alguna otra manera; seres que no están contentos permaneciendo anónimos, sino que tienen que ejercitar sus músculos sobre los demás. Sin un fin para todas esas actividades compulsivas, que nacen de la insuficiencia o de la falta de plenitud en el individuo, no es posible tener ese sentimiento de reposo o de paz que surge de lo profundo del propio ser.

La paz que surge en forma auténtica de la vida y de las acciones de uno mismo y no se cambia en hastío, no es estática como una charca estancada que no tiende a purificarse. Es un profundo sentimiento que nace de dentro e impregna la totalidad del ser desde el verdadero centro de sus movimientos, que son de tal armonía que no hay ruptura alguna en la unidad del todo. Poseemos, pues, en nosotros esa cualidad por la que toda relación con las cosas externas nos permite conservar esa armonía interior imperturbable. Es una relación en la libertad, que no significa que cada uno haga su propio camino, indiferente a los demás, sino que tiene un significado totalmente distinto de aquel que no es otra cosa que una relación compulsiva. Posee una cualidad diferente y alienta en ella un espíritu distinto.

Para que una relación así sea real y dinámica, aunque libre, ha de poseer una condición parecida a la de un violín, tan finamente tocado, que vibrando fácilmente transmita su mensaje a alguien capaz de percibirlo. La cuerda no ha de estar tan floja que no llegue a vibrar, es

decir, no vivir una relación apartada de una cierta asociación física, tampoco tan super-trabajada que conduzca al abatimiento, psicológicamente a una neurosis. La paz viviente dentro de nosotros es comparable a la cuerda finamente templada. La floja y destemplada condición no significa necesariamente involución, indiferencia o estupidez; la cuerda destemplada sería equivalente a la febril situación de quien está a merced de todos los acontecimientos o circunstancias y todas sus reacciones son involuntarias. Libertad en las relaciones significa que mientras uno mantiene una vívida relación con todas las cosas que le rodean, no permite sin embargo que éstas hagan girar los mecanismos de su ser sin su voluntad, y su actuación sobre las cosas no es una reacción, sino una libre expresión de la naturaleza de su íntimo ser. En una relación así se da lo mismo la propia libertad que el contacto íntimo con los demás.

Quienes experimentan con animales, desdichada práctica fuera de tono como significación de progreso, prueban diferentes centros en el cerebro y en el sistema nervioso, con una descarga eléctrica o con una aguja y han comprobado que cada centro gobierna determinados músculos u órganos en el cuerpo. Los efectos que se producen son inducidos por descargas o estímulos. Esto ha de ser soportado por el animal sometido al experimento, con el objeto, según afirman, de aumentar nuestro conocimiento. Nosotros estamos psicológicamente en una condición parecida. Muchos acontecimientos del mundo exterior actúan sobre nosotros y nosotros reaccionamos

con impulsos, unas veces débiles, otras contenidos y otras violentos. Esto tiene que llegar a su fin antes de que podamos conquistar la paz interior. El yogui, el hombre espiritual, está en esa condición con respecto a todos los acontecimientos, personas y cosas de los cuales se halla rodeado. Así pues, ese estado de paz no inhibe la acción voluntaria, espontánea, que es una expresión de la inteligencia y de la armonía presentes en ese estado del ser.

Es a este estado interno, independiente de condiciones externas, al que se refieren los libros antiguos de la India con el término 'vairagya', traducido corrientemente como desapego, o no ligarse con las cosas del mundo. A veces se lo interpreta como indiferencia con respecto al placer y al dolor. En *A los Pies del Maestro* se explica qué significado tiene en la vida práctica el término 'desirelessness' (carencia de deseos.) Cuando este estado se da en uno mismo, cambian por completo las relaciones con todas las cosas. Por ejemplo, cuando vemos algo que deseamos y nos proporciona placer, instintivamente queremos poseerlo. No es más que el ciego instinto que actúa mecánicamente. La relación con ese objeto en el plano psicológico es de tal índole que aprisiona al hombre, atándolo al objeto. Cuando llegamos a comprender la naturaleza de ese cautiverio, entonces adquirimos la condición llamada 'no adquisitiva'.

Uno de los cinco preceptos del Buddha, adoptado por todos los budhistas, es la no apropiación de aquello que no nos pertenece legítimamente. Este precepto, conjuntamente con otros

cuatro: no matar, abstenerse de hablar falsedades, de relaciones sexuales livianas, del alcohol y de las drogas, fueron dados a todo el pueblo. Pero aquellos que deseaban seguir el camino del Buddha fueron más lejos y buscaron una relación con las personas y con los demás seres, libre de todo elemento de agresión, engaño, codicia y deseos de posesión. Era una relación puramente de buena voluntad, fraternidad, interés recíproco y servicio con ausencia de todo deseo que pudiera perjudicar esa actitud. Lo que no nos pertenece honestamente, no sólo pueden ser propiedades; uno puede apropiarse de algo debido a otro, que ha llegado a él por las circunstancias. Aparte de las formas groseras de robo o apropiación, pueden existir maneras de adquirir cosas con beneficio para uno que nadie podría discutir, pero que sin embargo constituyen una violación de la Ley enunciada en el Precepto. Quien sigue esta Ley, puede ver algo bello o agradable y puede también apreciarlo y admirarlo, sin que en él exista deseo alguno de apropiación o de posesión. El verdadero hombre espiritual, que lo es en el fondo de su ser, no posee nada en absoluto, aunque la ley de la tierra, el karma, las circunstancias le hayan dado posesiones materiales.

Se cuenta que un mitológico rey hindú, Janaka, que era un seguidor del sendero espiritual, vio un día que uno de sus palacios se quemaba; continuó imperturbable y dijo: “Nada mío se está quemando”. Esta historia que la doctora Besant era muy aficionada a citar, podría formar parte de la leyenda que se ha desarrollado entorno a su nombre,

pero es significativa para ilustrar la verdad de que al adquirir posesiones, uno puede ser poseído, o parafraseando, entre las posesiones, estar desposeído. No es necesario para el logro de la propia libertad que uno se deshaga de todo lo que posee y que tenga que depender de los demás para su subsistencia.

No pocas personas en la India han hecho precisamente eso, buscando a la vez dos finalidades como premio para sí mismos: un modo de vivir sencillo y sin cuidados y el aplauso por su renunciación. Este es un ejemplo de cómo cada verdad espiritual es materializada y degradada en diferentes formas por las personas que la interpretan a su manera. Es peos esta inútil ostentación que el renunciar a un sendero, que sólo tiene valor cuando es la natural expresión de nuestro buen sentido o de la profunda comprensión del verdadero valor de las cosas.

Es bien sabido que un así llamado ‘sanyasi’ (el que ha renunciado a todas las cosas del mundo) puede en realidad caer en un estado de cólera, precisamente a causa de un sentimiento de frustración que aviva el sentido de su propio ego y de su importancia.

La libertad a partir del sentimiento de no posesión no sólo con respecto a las cosas sino a las personas, al país, a la raza a la que pertenecemos, nos lleva a la madura comprensión, a la condición del claro conocimiento. Cuando esto vive en el propio corazón, se ha de reflejar en la vida exterior y nos ha de conducir a un bello estado de orden. Torna la vida sencilla, sin cosas superfluas, fluyendo de tal modo que refleja fielmente

la belleza y la forma auténtica del propio ser. Lo que sucede con nuestras posesiones actuales, no está precisamente en relación con esas verdades. Las recibimos por karma, que distribuye responsabilidades de acuerdo a pasadas acciones. Del modo como uno se conduzca con lo que posee, depende mucho de cómo ha de ser liberado del apego a ello.

‘Vairagya’ no es, por cierto, la antítesis del amor sino una completa acción para purificarnos y una preparación para la obra de amor. Sentimiento de extraordinaria naturaleza que busca poseer, no para uno, sino para los demás; que nada reclama, que nada espera, que trata de conseguir el objeto de sus deseos en su propia libertad, siempre dispuesto para la ayuda allí donde se necesite. Es un extraordinario individuo cuyo espíritu de no apropiación, de no posesión, se aplica a aquellos a los que ama. Además, no ha de esperar ninguna ayuda debida a su posición o a las relaciones personales. La esperanza de ser amado es el estímulo que tiene aquel que espera apoyo y dicha. En el lenguaje de J. Krishnamurti, “el amor está en nuestra propia eternidad”. Cuando hay amor en nuestro propio corazón esa condición es suficiente en sí misma; no es el caso de quien espera para amar la recompensa de ser amado. El auténtico amor indicará el camino en cualquier circunstancia; diríamos que actúa, entonces, en su propio camino y este actuar será recto en su contexto.

Podría pensarse en lo amado y en el amor en acción y no en las calificaciones que empiezan con el prefijo ‘no’, tales como no apropiación, no agresión,

no dependencia, y así por el estilo. Pero este es un punto de vista superficial. Amor, como se expresa en *A los Pies del Maestro*, es la más importante de todas las cualidades. Pero, ¿amor de qué naturaleza y acerca de qué se da él? Cuando una persona está vinculada a otra y algo u otra persona se cruza en el camino del placer que de esa persona se deriva, se origina frustración, resentimiento y celos. El apego puede no referirse a una persona, sino a algo que ella valora, alguna posesión o el propio buen nombre. Incluso entonces, pueden surgir las circunstancias que causen aprensiones, pesadumbres y odio. El anhelo de posesiones y la sensación, crean una forma mental en la cual esos sentimientos crecen cada vez más, destruyendo toda posibilidad de paz y de dicha. Puede uno creer que ama, pero ese amor puede estar condicionado, dependiendo de varios factores, aún cuando parezca intenso. El amor, en su estado puro, no condiciona en absoluto. No es un atributo del ser basado en recuerdos o esperanzas, sino que surge de un estado de auto-negación en la que el propio ser está ausente. No hay partículas de remordimiento, ni el sentimiento de que uno está sacrificando algo que valora.

Esta profunda actitud de no exigencia, de no dependencia, no se da apartando el rostro lejos de los demás, o endureciéndose en un estado de indiferencia hacia toda forma de vida, sino que pertenece al amor de la naturaleza pura, brotando de las más incontaminadas fuentes del ser. Ausencia de toda expectación; que siempre se basa en previa experiencia, sentimiento o sensación.

Ese amor ha de darse sin ningún pensamiento que lo acompañe, que pueda viciarlo o tornarlo en forma de sentimentalismo egoísta. Cuando hay un estado de mente y corazón que no depende de nada externo para su cumplimiento, la seguridad la alegría y la paz que solemos buscar fuera de nosotros, se encuentra asentada en nuestro propio ser.

La búsqueda de seguridad surge del miedo a lo que pudiera acontecer, pero en un estado de no apego no puede existir ese temor. No puede existir ni la paz, ni la alegría, sea en la mente o en el corazón, cuando existe el apego. Hay algunas criaturas inocentes en la Naturaleza, más bien en remotos lugares, que son atacadas y asesinadas por el hombre; pero ellas se acercan a él sin temor, pues no tienen memoria de haber sufrido algo de parte del hombre. Asumen ese evento por primera vez. Para nosotros es posible asumir esa actitud ante la muerte y otros acontecimientos que nos causan sufrimiento, sin anticiparnos a ellos, aunque no podemos evitar nuestro conocimiento de esos sucesos y es legítimo asumir la adecuada acción y precauciones con respecto a ellos. Existe en nosotros una tendencia a sufrir sin necesidad y anticipadamente por hechos que pueden no llegar a producirse, lo que inspiró a Shakespeare sus conocidas palabras: "El cobarde muere muchas veces antes de morir en realidad; el valiente experimenta la muerte tan sólo una vez." El logro de una forma de mentalidad que haga frente a los acontecimientos tal como se presentan, indica un uso adecuado de la memoria, uno de los pasos del noble Óctuple Sendero del Buddha,

posible tan sólo cuando existe memoria sin apego.

La condición de ser no adquisitivo, no agresivo, no apegado, significa vida en libertad en el centro que nos relaciona con los seres y las cosas, así como una acción que es recta y desinteresada en cada caso particular. Es precisamente de esa libertad que surgen las cualidades que son inherentes a la naturaleza espiritual del hombre, no sólo el amor, sino también la fortaleza, la sabiduría, la belleza, la simplicidad, la perspicacia y muchas otras. Todas ellas son cualidades de la prístina condición que ha de ser descrita en términos negativos para ser rectamente comprendida. A menos que esta condición, que es una completa negación del ser y de sus actividades, sea cumplida, todo lo que emana del ser, su verdadera naturaleza, seguramente se interpretará erróneamente. Nosotros podemos utilizar palabras tales como fortaleza, humildad, amor, sabiduría, y sin embargo no entender su verdadera naturaleza y esto es lo que sucede en general. Afortunadamente, en nuestras vidas hay instantes en que el ser se sitúa a un lado del camino o bien se encuentra en completa quietud, aunque no adormecido. Nuestra concepción de lo que es espiritual, por imperfecta que pueda ser, está basada en sugerencias íntimas que nos llegan en esos momentos.

En una de sus enseñanzas, Buddha nos dice que ese ser que nos parece tan real, un centro de tantas compulsiones y tantos miedos, desaparece tan pronto como se mira a través de esa visión profunda, porque es una creación artificial, un complejo de reacciones, no un ser

real; para usar una frase de Sri Krishna en el *Bhagavad-Gitâ*, no es “una parte de Mí Mismo”, es decir, de mi Naturaleza Divina. Cuando la entidad artificial que parece tener todas las riendas en sus manos y manejarlas a su antojo en todas sus formas, desaparece, entonces aquella Naturaleza Divina se manifiesta como desde lo hondo del no ser o de la nada. Es una naturaleza que pertenece a la conciencia en su pureza, no perturbada por fuerza alguna, que vuelve del pasado en el presente, en la que por ello hay una condición de absoluta paz y silencio. Desde este Silencio, nos dice *La Voz del Silencio*, la Voz expresa las verdades para nuestra instrucción. El Silencio llega en un estado de calma y de completo reposo, semejante a un profundo sueño en el cual todas las ideas acumuladas desaparecen y si se da la posibilidad de una nueva experiencia, H.P.B. describe tal posibilidad como sigue:

“Si un hombre desee seguir los pasos de los filósofos herméticos... debe separarse para siempre de todo, de cada recuerdo de sus primeras ideas, de todo y de todas las cosas. Todo lo que existe, religiones, conocimiento, ciencia, han de tornarse un libro en blanco para él, como en los días de su primera infancia. Porque si quiere tener éxito, ha de aprender un nuevo alfabeto en el seno de la Madre Naturaleza, en el que cada letra le suministrará una señal nueva, cada sílaba o palabra, una inesperada revelación.”

No es aprendiendo de un tutor o de un libro que ha de retornar a la memoria el bagaje del pasado. Ha de ser un constante aprender en ese momento del presente, del que la vida es revelación o

palabra desde cada cosa y lugar, cuando se está preparado para el lenguaje de la Naturaleza, que es siempre presente, no una cristalización del pasado. Sin un estado de negación, esa experiencia no es posible.

Los libros hindúes tratan de estas materias, sin una concepción negativa para el objetivo y el hablar del ser ilusorio, ellos aplican la idea de “Maya” o ilusión para todo aquello que es percibido o experimentado a través de las vestiduras constantemente cambiantes, considerando el Ser Uno al cual esas vestiduras encubren, como la Verdad absoluta o Realidad. La palabra “Yo” se utiliza como una traducción de la palabra sánscrita “Atma”, no en el sentido de que ella implique una antítesis, es decir: lo otro, ni tampoco lo que “es” en el presente. El yo, en su ordinario significado de un ser separado, surge de la identidad con su pasado particular, que es por supuesto distinto para cada ser. La naturaleza del Ser uno es la de la Vida en su estado incondicionado, comprendiéndola como tal en cada una de sus manifestaciones.

Aunque los libros budhistas hablan del Nirvana como el estado último, y los libros hindúes hablan del Ser Uno que actúa con la energía positiva que brota de esa condición negativa, tanto los unos como los otros se refieren a la misma Verdad en sus diferentes aspectos, a hechos fundamentales en los que ambos puntos de vista encuentran su perfecta conciliación. Nirvana, en un sentido literal, es extinción, más es extinción del ser, no de la Vida indestructible. En lo que se refiere al significado de “Nirva-

na”, los adjetivos usados en especial en el último período, cuando las enseñanzas florecían en formas de insuperable altruismo y poética belleza, aclaran bien que no se trata de anulación en el sentido ordinario, sino un estado trascendente, que es algo así como el polo opuesto de tal anulación.

De igual modo, aunque la palabra “Yo” (que puede no ser la más adecuada) corrientemente implica separación y conflicto, la frase “Yo Uno”, que es “uno sin segundo”, implica que la voluntad o la energía positiva que ella connota, aunque puede actuar a través de diferentes centros o cauces, siempre actúa dentro de la unidad que es siempre indivisible.

Los *Upanishads* hacen la pregunta: ¿De qué naturaleza es el Yo? Formamos una imagen de él en nuestra mente, derivada necesariamente de nuestra experiencia, de nuestros recuerdos. Eso no es el Yo. Formamos una nueva imagen. No es ésta tampoco. Cada imagen que formamos no es la Realidad, no es el Yo. Se parece a la situación de un hombre

que, siendo ciego de nacimiento, quiere formar la imagen de un amanecer. No puede. Así, los *Upanishads*, aunque utilicen la palabra “Atma”, traducida como “Yo”, adoptan la aproximación por lo negativo, diciendo: no es esto, no es aquello.

Lo positivo y lo negativo son dos aspectos que existen como una unidad en el campo de la conciencia en su prístino, estado no modificado. Lo negativo es la pura extensión, y es semejante al espacio, sin un objeto en sí, vacío pero penetrado, receptivo y responsivo. Lo positivo es la pura energía que existe en esa expansiva potencialidad y brota de ella, asume o crea diferentes formas, manifestando sus percepciones y su inteligencia innatas. El Ser Uno o la Voluntad Una, surge espontáneamente, de instante en instante, desde una primordial negatividad, que cuando se refleja en nosotros, es el más bello estado del corazón y de la mente que podemos vivir, el más feliz, el más elevado.

UN VIAJE SIN OBJETIVO

Tran-Thi-Kim-Dieu

Según explica la Teosofía, todo el universo es una manifestación de lo Supremo, de Aquello que está inmanifestado y es incognoscible; inmutable y sin embargo, paradójicamente, se

manifiesta como el universo. Este universo está destinado a evolucionar hacia la perfección, que es el estado prístino de lo Inmanifestado. Para poder relacionar la situación humana con esto,

podríamos decir que toda la vida tiene como objetivo evolucionar y hacer explícito lo que en un principio era, y *es*, la perfección.

Esto significa que la vida sí que tiene un objetivo; alcanzar y expresar la perfección. El ciclo del nacimiento, muerte y renacimiento se ve entonces como un larguísimo viaje de eones cuyo único propósito es el de hacer manifiesta la perfección inmanifestada. La mente humana adopta una forma lineal de ver todo el ciclo de la vida, como un medio encaminado a un fin. Esta visión, por más lógica que sea, no puede satisfacer a una mente que quiere explorar los hechos y el misterio de la existencia y que plantea la pregunta imposible: ¿tiene nuestro viaje un objetivo?

La incesante búsqueda de la humanidad

En toda su historia, la humanidad ha buscado un algo inaccesible que es grande, hermoso y noble. Los grandes gobernantes y conquistadores, los pensadores extraordinarios y los osados exploradores han intentado cruzar las fronteras de sus tierras y las limitaciones de sus capacidades para hacer feliz a la gente, más allá del marco de los pensamientos y los límites de lo conocido. En cada civilización, los héroes y los pioneros se han atrevido a hacer avanzar a su gente en la evolución, menos impelidos por la ambición que por la llamada a buscar lo que está más allá y que en ese momento es desconocido.

Esta incesante búsqueda de lo más grande, lo más noble y lo más bello es una prueba del hecho de que dentro de

la misma conciencia existe un elemento inherente que empuja a la mente hacia adelante y la hace profundizar en la misma conciencia. Esto sugiere que la búsqueda está ya inscrita en la conciencia y es una de las características predominantes de los seres humanos. La búsqueda debió originarse cuando la humanidad empezó a pensar y nunca dejará de hacerlo.

El proceso evolutivo hacia adelante

Paralelamente a la búsqueda de la conciencia, la corriente de la evolución sigue adelante, a su propio paso, conduciendo a todas las criaturas hacia la etapa “final”, hacia la perfección. Según un poeta sufí, todas las criaturas son como el pez que nada en el agua, inconscientes de su estado, y buscando desesperadamente el agua que calme su sed. Podemos preguntarnos si, en ese caso, debiéramos preocuparnos por nada, porque al final todo será perfecto.

Pero, en lugar de beneficiarnos simplemente del movimiento general y natural, también podemos definir el camino y fijar el paso de todo el proceso. Esto significa que los que ya han alcanzado una visión más amplia, después de llegar al estado de la Auto-conciencia, tendrán, inevitablemente, una mayor responsabilidad en esta evolución..

Existen, actualmente, dos movimientos distintivos: el proceso natural irresistible y universal de la evolución, que empuja a todas las criaturas hacia la perfección; y el otro, individual y volitivo, que puede cooperar o no con el primero. Los dos movimientos coexistirán, influenciándose el uno al otro, du-

rante mucho tiempo, hasta que el alma individual se da cuenta de que no hay otro sendero que recorrer que no sea el universal, y decida, de una vez por todas, caminar en la misma dirección,. Después de muchas dudas y de todos los tropiezos necesarios para el verdadero crecimiento, el alma puede decidir que ni el arrepentimiento y la auto compasión, ni ninguna otra cosa, pueden apartarla del camino universal. Desde ese momento, ya no existirán dos movimientos, sino uno solo. La voluntad del individuo está ahora fundida con el proceso universal, porque entonces ya no existe “mi voluntad” y “tu voluntad” sino *solamente* “tu voluntad”.

El viaje humano, el sendero mental

Todo aquél que tenga un cierto grado de comprensión de sí mismo y del universo en el que vive, puede aceptar el ideal de que está caminando hacia algo más grande. Las diversas circunstancias de la vida le darán oportunidades de aprender. Su manera de gestionarlas demostrará su verdadera comprensión y su verdadera realización. Mientras que la preparación se hace paso a paso, la realización puede aparecer de repente o en etapas. El primer paso del aprendizaje consiste en desaprender lo que se ha ido aprendiendo y acumulando a través de las incontables vidas. Podemos recordar aquí una de las famosas historias Zen sobre aquella sesión de té entre un maestro Zen y uno de sus discípulos. El maestro le pidió al discípulo que le sirviera el té en una taza que ya estaba llena. El discípulo le indicó la imposibilidad de hacerlo. El maestro entonces le dijo que,

de igual manera, no podía enseñar nada a una mente que ya estaba llena.

El proceso del desaprendizaje puede ser muy largo, porque, al aprender, a veces nos llenamos la mente con conocimientos erróneos. La mente es igual que una casa de dos puertas: una salida para el material viejo y una entrada para el nuevo. Lo nuevo sustituye a lo viejo. El resultado final es que no hay un cambio fundamental, a pesar de los numerosos cambios externos. La mayoría de la gente, a pesar de todos los cambios o golpes que ha sufrido en la vida, se las apañan para recrear mentalmente unas condiciones casi similares a las que existían antes, de modo que no ha habido realmente ningún cambio de verdad. Esto lo han experimentado generaciones enteras, siempre inconscientes de sus condicionamientos y sintiéndose seguras dentro de sus rutinas. Una y otra vez, la mente va cayendo en los surcos de las ideas y prejuicios preconcebidos, inconsciente de cuáles son los motivos de sus propias acciones. La tradición, la convención o la mera conveniencia controlan las tendencias del pensamiento y del estilo de vida.

¿Cuántos son los que, habiendo nacido y crecido en un ambiente de cazadores, se atreven a oponerse a la crueldad que representa hacer de la caza un deporte? ¿Cuántos son los que, llevando una vida mundana, se atreven a reconocer valores más dignos de poseer que los mundanos? Muy pocos tienen el valor de adoptar unas formas nuevas de pensar y de vivir que puedan impedirles la comodidad de la imitación. Así pues, la humanidad sigue su propio ritmo: un

paso adelante y un paso atrás, un viaje que no aporta ningún “progreso”, excepto el movimiento hacia delante del proceso evolutivo natural. El resultado es el mismo: una visión confusa, un razonamiento adormecido, un crecimiento lento y una mente perezosa.

Afortunadamente, acaba por llegar, inevitablemente, el momento en el que, durante ese proceso natural evolutivo, la mente, al no recibir respuestas a ciertas preguntas, entra en unas dimensiones más profundas de la conciencia. Entonces, muchas veces, lo que importa no es la respuesta sino la búsqueda misma, porque en este proceso la mente, si está madura, encontrará formas inesperadas de ver, además de otros aspectos imprevisibles de la vida. La mente puede también hacer nuevos descubrimientos que la obliguen a actuar de acuerdo con la nueva forma de entender las cosas.

Con una visión cada vez más amplia, nuestro concepto de la vida cambia y con él nuestras acciones y nuestras relaciones. La comprensión, la vida y las relaciones van juntos. No pueden separarse en el proceso del crecimiento del alma. Una vida desordenada o unas relaciones conflictivas no son prueba alguna de una vida armoniosa o de una buena visión. Bajo estas condiciones, hablar del concepto de “vivir armoniosamente” o de “comprender” resultaría hipócrita. No se trata de criticar duramente sino de observar atentamente.

El primer paso en el crecimiento espiritual es el de descartar todo lo que no le sea útil, deshacerse de la sobrecarga mental de los prejuicios, de los conoci-

mientos erróneos, de las falsedades y de los pensamientos que las convenciones consideran “buenos”. Las corrientes emocionales, el parloteo incesante, las comparaciones inútiles, el miedo de perder, de ser vencido, de fracasar, etc, todo esto son cosas que perturban constantemente a la mente. Si nos damos cuenta de que todas estas perturbaciones no son sino manifestaciones del ego personal, daremos otro paso para separarnos del ego. Es también un paso hacia la Auto-realización, que es el final del ego.

Un viaje sin objetivo

Parece como si la conciencia universal hiciera un viaje “de ida y vuelta” por todos los distintos reinos de la Naturaleza y las almas humanas, en el que tuviera que experimentar el dolor y el sufrimiento antes de volver a despertar a sus propias dimensiones, que son inmensas e ilimitadas. Visto desde la perspectiva del alma humana, este viaje “de ida y vuelta” es un viaje a veces doloroso, a veces satisfactorio, incluso gratificante. Puede conducir al alma humana hasta la liberación. Parece un objetivo desde el punto de vista del alma. Pero proponerse un objetivo, incluso el de la liberación, lo que hace es aprisionar al ego en un marco de propio realce. Realmente, la satisfacción de la idea de la liberación impide que la conciencia humana avance hacia la verdadera liberación. Sin embargo, el viaje no puede ser un movimiento sin rumbo de un alma errante, asombrada ante su propia incapacidad de discernir entre una profusión de experiencias.

¿Puede, entonces, un viaje carecer

de objetivo? La respuesta puede ser: uno permanece aquí donde está, dentro de lo que es, en el corazón de todas las cosas. ¿Puede la mente o la conciencia humana darse cuenta de que no hay ni principio ni final? ¿Puede existir la realización de que todo está evolucionando dentro de una substancia siempre en movimiento, y que la cualidad del movimiento constante es inamovible? Mejor dicho, para expresarlo de otra forma, el final del viaje está en el principio. ¿Existe, entonces el viaje en sí? Sí, hablar de un viaje es una manera de decir que la conciencia está moviéndose constantemente dentro de sí misma. Ese es el viaje de uno mismo hacia Uno Mismo. El objetivo está en el principio y el principio es AHORA mismo.

El AHORA se confunde muchas veces con el presente. Pero el presente siempre es evanescente, porque es la rea-

lidad transitoria entre dos irrealidades duraderas, el pasado y el futuro. No tiene ninguna existencia real. Pero el AHORA, que no es el presente, tiene una existencia real. Además, puede ser la realidad misma. Ni el pasado ni el futuro existen realmente. Porque pertenecen al reino del tiempo. El AHORA queda fuera de su ámbito. Es el elemento que reúne toda experiencia mística y trascendental de las distintas tradiciones religiosas, las unifica y las regenera.

AQUÍ y AHORA está el viaje sin objetivo en el que existe solamente “tu voluntad”. Parece un largo recorrido sólo porque falta la visión adecuada: la visión del hecho de que *no puede haber un objetivo entre Uno Mismo y Uno Mismo*.

The Theosophist, Mayo 2004

ACTIVIDADES

RAMA RAKOCZI

Lunes, 13 y 27 - Grupo de Meditación Activa y Ritual Dévico.- **20** - O.T.S. Ritual de Sanación.

Miércoles, 15 - Curso de Meditación.- **22** - Meditación a cargo de F. Pérez. Estudio grupal sobre *Luz en el Sendero*.- **29** - Meditación a cargo de J. Martínez. Estudio grupal sobre *Luz en el Sendero*.

NOTA

En el ejemplar del “Hundred and Twenty-Eighth Annual General Report of The Theosophical Society de 2003, se incluye un párrafo correspondiente al informe anual que nuestra Sección remitió en su día a la Sede Central de Adyar para que figurara entre los informes de todas las Secciones que cada año se vienen publicando después de la Convención Anual.

Como sea que este informe se traspapeló en aquellas oficinas, y ante nuestra reclamación por haberse omitido, nos dijeron que lo incluirían en el Informe General Anual número ciento veintiocho, como así ha sido. Este ejemplar sólo se remite a las Secretarías Generales, por lo cual aquí sólo nos limitaremos a copiarlo tal como ellos lo han publicado:

ESPAÑA

El estudio en las Ramas se basó en los libros *La Voz del Silencio*, *Vislumbres de la Psicología del Yoga*, *El Sendero del Discipulado* y *Teosofía Explicada*. Se dieron charlas por parte de los miembros, como por ejemplo sobre “Vivir la Teosofía”, “La Vida después de la Muerte”, “Reencarnación, Karma y sus Consecuencias” Algunas Ramas llevaron a cabo la Ceremonia de Curación de la OTS.

El tema de la Escuela de Verano, con una asistencia de alrededor de 150 personas fue “Las Escuelas de Misterio”. Durante el Seminario Teosófico celebrado en Valencia con 40 participantes se estudió el libro de Clara Codd *Trust Yourself to Life*. En el Instituto de Estudios Teosóficos se organizó un curso de tres meses sobre ‘La Enseñanza Hermética en *La Doctrina Secreta*’. También se dieron charlas por parte del señor Isaac Jauli.

El Secretario General visitó los Grupos de Estudios Teosóficos en Cáceres. Junto con otros dos miembros participó en un programa de Cataluña Radio hablando sobre Teosofía.

Además de la revista mensual, se publicaron diversos libros tales como *La Sabiduría Antigua*, *Gemas de Oriente*. También se publicaron varios folletos sobre Teosofía en lengua catalana, así como el libro *At the Feet of the Master, (Als Peus del Mestre.)* (Firmado: José Tarragó. S.G.)

NOTICIARIO

Orden Teosófica de Servicio en España

Encuentro sobre: *La Sanación*

Fecha: 22,23 y 24 de octubre de 2004

Lugar: Los Molinos. Sierra de Gádarrama. Sagrada Familia, c/ Calvario, 14

Alimentación: Vegetariana

Precio: 34 euros por persona y día en pensión completa.

Interesados dirigirse a:

Fernando Pérez Martín, Ríos Rosas, 25 1º D, 28003 Madrid, tf: 914423682

LA ESCUELA DE LA SABIDURÍA

ADYAR, CHENNAI 600 020, INDIA

THE THEOSOPHICAL SOCIETY

A celebrar del 15 de noviembre al 10 de diciembre de 2004.

Temas: “Las Leyes de la Vida Superior y Nuestro Supremo Deber”, por Miss Joy Mills

y “La Comprensión de la Vida y la Muerte”, por el Dr. Satish Inamdar.

Los interesados diríjanse a la Secretaría Nacional.